

Kike Cherta

Los Miralles

Navona

Introducción. La serpiente

El día que mi padre creyó ver al diablo yo no estaba en casa. De hecho, llevaba una eternidad sin saber de mi familia. Quince años sin traspasar el umbral de azulejos rotos de Villa Milagro.

Lo hice a conciencia. Se me volvía el aire fango si alguna vez pensaba en regresar. Escribirles una carta o una postal habría sido como arrancarme un ojo. ¿Para qué andarme con rodeos? Mi casa nunca fue un hogar. Mi casa era un manicomio. Locos cuerdos. Locos que razonan, que dialogan, que rebaten, que convencen. No hay peores locos que los locos cuerdos. Y lo que es aún peor: la chiflatura de mi familia se remontaba varias generaciones atrás. Mis padres, mis abuelos, mis bisabuelos, mis tatarabuelos, todos eligieron permanecer anclados a ese terruño frente al mar, decididos a no moverse jamás, a volverse estatuas de sal, fieles al propósito idiota de custodiar un manzano pocho. El destino de la familia Miralles es y siempre fue, hijo mío, atiende, toma nota, ¿a qué viene esa arruga en la frente?, hincha el pecho, siéntete orgulloso, el destino de la familia Miralles es y siempre fue ser perros guardianes.

Yo me fui. Yo estuve en Barcelona, en Copenhague, en Adís Abeba, en Manaos, en Johannesburgo, en Luang Prabang, en Bucarest, en Yakarta, en Zacatecas, en Shanghái, en tantos sitios, en nunca suficientes sitios. Gasolineras en medio de ninguna parte creadas expresamente como refugio donde comprar cerveza. Lavarse las axilas y recortarse la barba a escondidas en un baño público. Pasear por una ciudad extraña, rodeado de gente extraña —ex-

traño color de piel, extrañas ropas, extrañas costumbres— y ser consciente de que, en realidad, el extraño eres tú. Yo hice lo contrario de lo que mi familia esperaba de mí: no dejé de moverme jamás. Crucé de un país a otro país como si la vida me fuera en ello. Si por algún casual permanecía más de un par de meses en una misma ciudad, en un mismo villorrio de casitas de adobe, en un mismo chamizo perdido en el culo del mundo, me sentía enfermar. Las piernas me temblaban y, después de cada comida, vomitaba una bilis blanca y espesa como leche a medio cuajar. Las náuseas no cesaban hasta que, una vez más, agarraba la mochila y volvía a la carretera. Sin destino, sin hogar, sin amigos, sin un euro-dólar-peso-dirham-rupia-yuan en el bolsillo. Las pasé canutas. Esa es la verdad. A lo largo de estos años me vi obligado a hacer cosas de las que no me siento orgulloso. Pero y qué. A ver. Y qué. Es el precio de la libertad. Yo sé cosas ahora. Sé, por ejemplo, que en Jartum los niños de la calle hablan una lengua secreta llamada rendók. Sé que en Zanzíbar el plancton del mar brilla por las noches como si fuera purpurina. Sé que en Potosí los cigarrillos te duran más porque la ciudad se encuentra a cuatro mil metros de altura y la escasez de oxígeno hace que el tabaco arda más lentamente. Sé que en la India los travestis son a la vez santos y mendigos. Sé, en fin, y por no extenderme, que en California puedes ganar un buen jornal recolectando marihuana.

El día que mi padre creyó ver al diablo, yo me encontraba a diez mil kilómetros de distancia. Concretamente en Bangkok, concretamente en el barrio de Sukhumvit, concretamente en un apartamento mugriento arrendado a un especulador cantonés. Mi teléfono móvil sonó a las dos de la madrugada. Yo contesté medio dormido. Fue entonces cuando una mujer desconocida me informó de que mi padre creía haber visto al diablo. Esa era la primera vez en quince años en que alguien mencionaba el nombre de mi padre.

La mujer dijo llamarse señora Nissenbaum. Afirmó ser el enlace administrativo de Antich & Asociados, una empresa dedicada al desarrollo urbanístico. Aquel era un asunto de suma importancia. Eso dijo la señora Nissenbaum, a través del altavoz del móvil. De suma importancia.

—¿Es usted Moisés Miralles? ¿Su padre es Noé Miralles? No cuelgue. Debo comunicarle un asunto de suma importancia.

Yo la escuché hablar con una sensación de irrealidad cosquilleándome en la punta de los dedos. Mi padre. El manzano. La misión sagrada de los Miralles. La madrugada en la que me fui. Todo me volvió de golpe, como un bastonazo en los ojos.

De eso hace dos días. Desde entonces, no he dejado de pensar en mi padre. Me he dado cuenta de que no consigo recordar su rostro: es como intentar aferrar un agujero. Lo que sí recuerdo con sorprendente nitidez son cada una de sus numerosas manías, sus invariables automatismos de hombre terco. ¿Cómo es eso que dicen los buenos hijos en los funerales? Ah, sí: mi padre siempre fue un hombre de costumbres. Cuando la señora Nissenbaum, enlace administrativo de Antich & Asociados, me llamó por teléfono, fue directa al grano. No supo o no quiso darme demasiados detalles sobre cómo mi padre había creído ver al diablo. Pero yo, que todavía me sé de memoria las rutinas del que fue mi antiguo hogar, no tengo ninguna duda acerca de cómo sucedieron las cosas esa mañana de octubre.

A las cinco y veinte de la madrugada mi padre abrió los ojos. Faltaban exactamente diez minutos para que sonase la alarma del despertador. Mi padre siempre ha tenido un despertar de autómatas. Un instante está durmiendo y al siguiente el ronquido se le parte en dos con un hachazo, el cerebro se le electrifica, listo para entrar en acción. Demasiadas guardias nocturnas en su niñez y en su juventud y en su vejez. Yo me despierto igual. Mi hermano Zacarías

se despierta igual. Mi hermano Gabriel se despierta igual. Mi padre nos enseñó a todos a pasar del sueño a la vigilia con la profesionalidad de un gato. A mi hermana Ruth no: ella es mujer. Dios no la creó con alma de centinela, a su cargo dejó otros menesteres, principalmente el de parir a otros Miralles. ¿No lo he dicho? Además de chiflados, en mi familia son unos rancios machistas. De modo que a las cinco y veinte, diez minutos antes de que sonase el despertador —estoy convencido de que es así como sucedió—, mi padre se despertó como cercenando el sueño y se quedó con los ojos abiertos, inmóvil bajo las sábanas, aguardando a que las manecillas del reloj marcasen las cinco y media. Mi madre dormía en el otro extremo de la antigua cama matrimonial. Roncaba flojito.

Por la ventana, la luz entraba de lado como deslizándose por un tobogán.

Luz masticable del Mediterráneo que nace apelmazada y mansa, del color de la mandarina.

He dado la vuelta al mundo y no he visto otra luz como esa.

Un segundo antes de que el despertador comenzase a sonar, mi padre alargó la mano y lo apagó. Luego se levantó con el sigilo aprendido tras muchos años compartiendo cama. Se quitó el pantalón del pijama y la camiseta, los dobló sobre las rodillas y los dispuso sobre la almohada. En bolas, se dirigió al armario en busca de una muda nueva. Mi padre siempre ha sido un hombre alto y flaco. Muy alto y muy flaco, quiero decir. Desnudo, debe de ser igual que un árbol seco. Caigo en la cuenta de que han pasado quince años. En este tiempo, por fuerza, la carne de mi padre se habrá licuado, las vértebras se le habrán ido encajando una sobre otra, mi padre habrá perdido, como mínimo, siete u ocho centímetros de estatura. Pero seguirá siendo un hombre alto, de eso no me cabe duda, y flaco hasta decir basta. Lo que más llamaba la atención de mi padre eran sus manos enormes. Dedos largos que parecían tener veinticinco

falanges. Dedos como las ramas del árbol seco que mi padre era, y seguro que todavía es. Cuando, alguna vez a lo largo de estos años, he soñado con él, nunca he podido distinguir su rostro —ese agujero—, pero sí sus manos. Se me aparecían reposando sobre la mesa, prehistóricas y largas, abandonadas junto al vaso de vino o la taza de café queapestaba a carajillo. En mis sueños no sucedía nada más. Las manos tan solo estaban ahí. Disecadas. Como esperando.

La gente normal se sienta en el borde de la cama para ponerse los pantalones y calzarse, pero mi padre no, mi padre solo se sienta cuando le toca hacer guardia. Por eso sé que el día que mi padre creyó ver al diablo, él se vistió de pie, apoyándose quizás en la cómoda de la bisabuela, quizás en el marco de la puerta. Pantalones de pana y una camiseta de tirantes de algodón blanco. Un jersey también, si es que la mañana había amanecido fresca. Alpargatas en los pies. Mi padre salió de la habitación y bajó las escaleras. En la cama, mi madre abrió los ojos, constató que su marido se había marchado a cumplir con sus obligaciones y volvió a dormirse.

En lugar de ir al baño, mi padre se dirigió a la cocina. Abrió el grifo del fregadero y se refrescó la cara allí mismo. Como si lo viera. Todos los putos días igual. Para secarse, mi padre usó el dorso de la mano, nada de toallas o trapos. La cocina es grande y antigua, toscamente reformada. Las estanterías de pino se comban bajo el peso de los platos de cerámica y las jarras de peltre, el ajuar de varias generaciones acumulándose sin orden ni medida; en esta casa no se tira nada: ni una vinagrera perforada, ni un plato hortera, ni un cucharón cimbrado. Gran cantidad de cacerolas, carretes de pesca, damajuanas de vidrio verde, cestos de mimbre, no hay espacio para tanto cachivache. La despensa queda al fondo, oculta tras una cortina de tela. El horno, incrustado en la pared, data de principios del siglo XIX, de una época en la que la mayoría de la gente no podía permitirse un horno. Ese horno con remaches de bronce es un sím-

bolo. Un recuerdo de que, hace mucho tiempo, la residencia de los Miralles fue una distinguida alquería.

Alquería: así es como llaman en Valencia a esas casas de campo con pinta de castillos que los campesinos con posibles levantaron tiempo ha con el fin de dejar claro a sus vecinos que ellos no, ellos de ninguna manera, ellos en modo alguno eran como los muertos de hambre que los rodeaban. En su época, Villa Milagro debió de ser una finca hermosa. Hoy es una reliquia. Telarañas y grietas.

Mi padre desayunó de pie —ya he dicho que mi padre solo se sienta cuando está de guardia—, la panza arrimada a la encimera, cuidando de que las migas cayesen en el fregadero. Una rebanada de pan y unas lonchas de queso de oveja. Para beber, café frío de la noche anterior, que mi madre o tía Inés guardaron en un termo antes de acostarse. El mismo santo menú de cada santa mañana.

Una vez comido, mi padre salió al patio. Allí lo recibieron los perros más madrugadores. Pudo haber, quizás, algún brinco, también un mover frenético de rabo, pero nunca, de eso estoy seguro, un ladrido. Los perros de Villa Milagro han sido educados a conciencia y solo ladran si hay un motivo. Cuando yo me fui, en casa teníamos nueve perros. Todavía puedo recitar sus nombres del tirón: Expósito, Pentecostés, Corintio, Inmolado, Cabal, Fariseo, Jericó, Oveja y Munífico. Me pregunto cuántos perros habrá ahora. ¿Más? ¿Menos? Seguramente más. Sí, seguramente muchos más.

En todo caso: el patio. Mi padre salió por fin al patio.

El centro de la casa. El centro del universo. Literalmente: el centro del universo.

El patio interior de Villa Milagro es rectangular. No tiene ventanas y la única entrada se encuentra protegida por una pesada cancela de hierro forjado. Sobre la cancela, unos arcos abovedados recuerdan a un patio andaluz. O tal vez a un convento dominico, no sé. A algo con pinta de antiguo, en todo caso, algo arcaico y cuya

memoria languidece hinchada de bostezos. Un parral que da unas uvas incomedibles se enreda en las columnas y, bajo la sombra de los arcos, se acumula una infinidad de trastos viejos. Una nevera coloreada de verde por la humedad. Una cocina de camping gas. Azadas, corvillas, sacos de fertilizante.

Los muros que rodean el patio —los muros que rodean el centro del universo— son robustos. Impropios de un chalet, adecuados para una cárcel. En los bordes de las tapias destaca el perfil dentado de una alambrada, también cristales de botella mezclados con argamasa y dispuestos aquí y allá con toda la mala leche del mundo. Cada tanto, alguna gaviota se raja un ala con la concertina o se corta una pata con los cristales, y entonces en Villa Milagro se alegran porque al menos ese día habrá algo que comentar a la hora de comer. El muro este del patio da directamente al mar, a un acantilado que desciende siete metros en picado hasta el Mediterráneo. A pesar de esa disposición infranqueable, esa tapia es igual de espinosa que las demás, la misma ferocidad contra el mismo hipotético e invisible enemigo.

En el centro del patio —en el centro del centro del universo— hay una sombrilla, una mesita de plástico y una mecedora.

Esa es la mecedora del Guardián.

Enfrente, se alza el puñetero manzano desbordado de sol.

Guárdale respeto. Salúdalo. Hazte la señal de la cruz. Escucha, hijo mío, pon atención: ese manzano es responsabilidad nuestra, de los Miralles, nuestra y de nadie más; al que se acerque a ese manzano le descerrajamos un tiro en la frente, le acuchillamos los riñones, le abrimos el buche de un tajo, lo tiramos al mar y amén.

Llegados a este punto de la jornada de mi padre, se me presentan dos opciones. Sentado en la mecedora del Guardián, abrazado a una escopeta Remington 870, podría estar mi hermano Zacarías o bien mi hermano Gabriel, todo depende de a cuál de

los dos le hubiese tocado en suerte hacer el turno esa noche. Puestos a elegir, prefiero a Gabi, que es menos gilipollas.

Gabi era —y por fuerza todavía es— de voluntad escasa. De entendederas limitadas. Un poquito lelo, vaya. Eso es lo que pasa cuando tu mujer es también tu prima, no sé si me explico. Y es que los Miralles llevan generaciones casándose entre ellos. Fornicando entre ellos. Soportando el mismo aburrimiento ancestral, siempre entre ellos. Gabi tiene cuatro años menos que yo. Durante mi ausencia, no me cabe duda, habrá cambiado. Pero, aun así, su cuerpo seguirá siendo rotundo y achaparrado. Seguirá arrastrando la pierna derecha. Me juego el alma a que Gabi todavía será el mismo buenazo de siempre.

—Buenos días, padre —supongo que dijo al ver llegar a mi padre aquella mañana de octubre, hace apenas un par de semanas—. Todo está en su punto.

—Se dice todo está en orden —replicó mi padre.

—Pu-pues eso —insistió Gabi, pestañeando como una ardilla—. Pues eso.

Ah, se me olvidaba un detalle: la radio. Sí, eso es, qué tonto, ¿cómo se me ha podido pasar? Sin la radio el retrato del patio y, por extensión, el retrato de ese día en concreto, queda incompleto. Junto a Gabi, sobre la mesa blanca de plástico, en el mismo lugar donde siempre ha estado, un transistor desgranaba sus canciones de mercadillo. La radio es la única distracción tolerada en Villa Milagro. Cuando me fui, la televisión estaba prohibida —y me apuesto los ojos a que sigue estándolo—. Los ordenadores, prohibidos también. Los teléfonos móviles, la Play Station, Netflix, Spotify, Instagram, la industria del entretenimiento del siglo XXI al completo, todo prohibido. Solo la radio consiguió hacerse un hueco en la alquería. Por eso, porque es el único vicio que se les permite, los Miralles suelen abusar de la radio y casi nunca la apagan. El runrún de la emisora de turno

es un fondo sonoro que, de tan perpetuo, se ha amalgamado con el aire de la casa, y ha acabado por escurrirse dentro de las cabezas de sus habitantes. Todavía hoy, al acostarme, al cerrar los ojos y buscar conciliar el sueño en cualquier pensión de cualquier país extranjero, a veces, ya digo, me parece oír de fondo la entradilla musical de un programa nocturno. *Hablar por hablar*, por ejemplo, con Gemma Nierga, a quien más tarde sustituyó Fina Rodríguez. ¡Hay que ver cómo lloró la señora Nierga durante su despedida del programa! La radio como único enlace con el mundo exterior.

Después de saludar a Gabi, mi padre cruzó el patio y se arrimó al huerto que crece esforzadamente contra la pared que da al mar, al abrigo del viento salado. Se bajó la bragueta y meó sobre las berenjenas y los pimientos. Mi padre nunca ha usado el cuarto de baño, a no ser que fuese para hacer aguas mayores. A él lo que le iba era mear al aire libre, sentir la brisa matutina enfriándole las gotitas de pis en la punta del cipote. Esta es una buena manera de definir a mi padre: es el tipo de hombre que gusta de mear al aire libre. Mientras regaba la huerta, de espaldas a su hijo lelo, mi padre dijo:

—Gabriel, nos estamos quedando sin abono, habrá que ir donde Vinuesa.

O tal vez:

—Tu madre quiere que bajes con ella a la Casa de Labores.

O quizás:

—Hace tiempo que no practicáis con la escopeta. Ve con Zacarías a La Caleta, llevad unas latas, afinad la puntería.

En cualquier caso, y dijera lo que dijese, Gabi sonrió y dijo sí, padre, cómo no, padre. Luego mi hermano se levantó de la mecedora con el cuerpo cubierto de hormigas. Conozco la sensación. Después de una noche en la mecedora, los brazos parecen ajenos, las piernas son de gelatina. La Remington pasó de las manos de Gabi a las de mi padre.

Son las mismas manos, por cierto. Gabi heredó de mi padre los dedos tremebundos y los nudillos como parachoques de camión que caracterizan a un buen Guardián. Al gilipollas de Zacarías también le crecieron esas mismas manos. Yo, en cambio, tengo unas manos delicadas, de dedos sibilinos, que nadie sabe de dónde han salido. Ya se veía venir, ¿no? Manos de carterista. Manos de traidor.

—Vete a dormir —le dijo mi padre a Gabi.

Y mi hermano se marchó arrastrando la pierna derecha.

Mi padre tomó el relevo en la mecedora, la escopeta cruzada sobre las rodillas. Enfrente, el manzano se mecía arrullado por la brisa mañanera. A esas horas, y si los cálculos no me fallan, en el transistor todavía andarían presentándose los contertulios del programa matutino. El locutor daría los buenos días con una euforia exagerada y, enseguida, daría paso a una broma telefónica, unas palabras de nuestro querido patrocinador, el parte meteorológico, hay que comenzar el día con energía y buen humor. A los pies de la mecedora, tres o cuatro chuchos que más parecían tres o cuatro lobos.

Esta es la única vida que yo le he conocido a mi padre.

El tronco torcido del manzano. Las arrugas familiares de la madera. Cinco ramas principales que se abren al cielo como una mano implorante que pide limosna, y, brotando de ellas, decenas de ramas más enclenques. Las manzanas verdes y mustias. Luz concentrada del Levante. Una bandada de tordos que rasguea el cielo.

Y la mecedora.

Y la escopeta.

Y el transistor.

Y los perros.

Y mi padre.

Así eran, así son, así han sido siempre las cosas en Villa Milagro.

Y cuando digo siempre quiero decir desde el mismísimo origen de los tiempos.

Porque el manzano no tiene edad. El manzano es eterno. El manzano es —eso creen los Miralles— tan viejo como el hambre o el sol o la fuerza de la gravedad. Un manzano normal no vive más de doscientos años, y eso siendo generosos. El nuestro llevaba ahí desde el mismísimo puñetero instante en el que Dios Nuestro Señor tuvo a bien ponerse al tajo y decir: hágase la luz. O por lo menos así se lo fueron repitiendo los Miralles generación tras generación, una y otra vez la misma historia. Que el manzano ya estaba ahí cuando ellos llegaron. Inmutable. Glorioso. Eterno. Las palabras de mis padres susurradas a luz de una bombilla de bajo consumo tomándose de la mano con las palabras de mis abuelos susurradas a luz de un candil tomándose de la mano con las palabras de mis antepasados susurradas a la luz de una vela y de una hoguera y de las estrellas y creando así una larga cadena de palabras que se pierden en las brumas del tiempo.

Y Yahvé creó el jardín del Edén, exuberante de vida y maravillas, y en el centro mismo del Edén —del universo recién parido— hizo crecer un manzano. Lo llamó el Árbol del Bien y del Mal y convocó a Adán y a Eva para decirles: libres sois de hacer todo cuanto os plazca, no hay nada en la Creación que no os pertenezca, pero alejaos de ese manzano, jamás comáis de su fruto, solo eso os prohíbo. Y la serpiente engañó a Eva, y Eva engañó a Adán, y el hombre y la mujer comieron del manzano. Y Yahvé desató su ira sobre sus hijos predilectos y los desterró para siempre del jardín del Edén. Y mandó llamar a cuatro ángeles querubines y a una espada de fuego zigzagueante y les ordenó que custodiasen el Árbol de la Vida. Y esos ángeles eran hermosos e insobornables. Y esos ángeles fueron los primeros Guardianes: los primeros Miralles. El tiempo pasó y todo cambió menos el manzano. Uno a uno, los ángeles fueron seducidos por lindas muchachas —hijas lejanas de Eva— y, de algún modo, se las apañaron para reproducirse —aunque, en teoría, los ángeles no tienen sexo, pero ¿a

quién le importan esos detalles?—; los hijos de los ángeles perdieron las alas, pero conservaron intacta su esencia divina. Los milenios se sucedieron, los siglos se desgranaron, y, por fin, un día, sobre estas tierras, apareció la alquería blanca que vio nacer a mis antepasados. Se fundó la finca de Villa Milagro y se fundó también la Casa de Labores. Se dividieron los Miralles en dos y se repartieron las tareas y las obligaciones. Todo con el propósito único de salvaguardar el manzano hasta que el mar, tan cercano, se tornase desierto.

Así pues, esa mañana de principios de octubre mi padre no hacía sino cumplir con el mandato que el Buen Señor le había encomendado a mi familia.

Todo era como siempre había sido.

Nada parecía ser susceptible de cambiar jamás.

Y entonces, a mi padre le pareció ver una serpiente.

Eso es lo que la señora Nissenbaum, enlace administrativo de Antich & Asociados, me contó por teléfono. Que a mi padre le pareció ver una serpiente en el patio. En realidad, digo yo, al principio apenas fue capaz de distinguirla entre las hortalizas de la huerta. Serpiente verde entre hierbas verdes. Mi padre solo debió de percibir un tenue movimiento y no le debió de dar importancia. Pero luego captó algo por la esquina del rabillo del ojo y comprendió —eso es lo que me contó la señora Nissenbaum, a saber cómo se enteró ella de todo esto— que aquello era una serpiente. Pero cuidado. No hablamos de una de esas culebrillas bufas que a veces rebuscan en las huertas valencianas. Para nada. Hablamos de una serpiente larga e imposible, uno de esos bichos mortíferos que no existen en Europa, mucho menos en la costa del Azahar de la península ibérica, una de esas serpientes como las que yo sí he visto en Nicaragua, en India, en Birmania. Una serpiente con unos anillos como pulseras de oro sobre los que arrastrar su cuerpo en zigzag. Una serpiente que era el diablo.

—Hijo de puta —puede que dijera mi padre; seguro que dijo mi padre—. Después de tanto tiempo, por fin estás aquí. Hijo de puta.

Mi padre apagó el transistor y aguzó el oído buscando captar el movimiento del reptil. Fue entonces cuando los perros comenzaron a ladrar. ¿Notaron ellos también la presencia de la serpiente? ¿O tal vez, una explicación más mundana, reconocieron la inquietud de su dueño y actuaron por pura solidaridad? Nueve perros grandes, o tal vez más ahora, diez, doce, catorce perros grandes y crueles, elegidos expresamente por su fealdad y su tamaño, ladrando al unísono. El escándalo tuvo que oírse a kilómetros. Mi padre quiso correr hasta el manzano, pero algo le mantuvo enraizado a la mecedora. Probó a levantar la Remington, pero los brazos le pesaban toneladas. ¿Por qué no era capaz de moverse? ¿Acaso la serpiente lo había envenenado?

Con la vista borrosa, mi padre buscó al diablo. No podía haber avanzado mucho, se dijo. No tanto, al menos. No podía, en modo alguno, haber llegado hasta el manzano. Y en modo alguno, se repitió, había tenido tiempo de arrastrarse como un relámpago y morderle el tobillo, ningún animal era así de rápido, ¿no es cierto? Mi padre sudaba gotas redondas. Corintio, Munífico, Cabal, Expósito, Jericó, Pentecostés, Inmolado, Oveja y Fariseo, o como sea que se llamen ahora los perros que custodian el árbol, encadenaban un ladrido tras otro. El jardín reverberaba con la alarma de los chuchos. Ya Zacarías bajaba las escaleras corriendo. Ya Gabriel salía de la ducha medio en pelotas. Ya mi madre llamaba desde la cama. Ya tía Inés se despertaba con el camisón empapado en sudor.

Y entonces, por encima incluso del jaleo de los perros, a mi padre le llegó el siseo del reptil. Y en aquel siseo le pareció distinguir palabras. La serpiente lo estaba llamando por su nombre.

—Noé, Noé, Noé.

Y enseguida, para volverlo todavía más personal y más surrealista, la serpiente lo insultó:

—Noé, perdedor, inútil, atontado.

Eso fue lo que mi padre contó más tarde. Que la serpiente lo llamó por su nombre y que luego se burló de él. Mi familia lo creyó, por supuesto. Ya he dicho que mi casa es un manicomio. Dudo que la señora Nissenbaum lo creyese, pero me lo contó igual: su padre dice que vio una serpiente y jura que lo llamó por su nombre; asegura, además, que lo insultó, menuda ocurrencia, una serpiente que habla, como comprenderá, su padre delira, ya lo siento, hágase cargo, ¿comprende la gravedad de la situación?, como le he dicho, este es un asunto de suma importancia.

Después de los insultos de la serpiente, a mi padre se le llenó la boca de espuma. La escopeta se le escurrió de las manos y se quedó con los ojos demasiado abiertos y la barbilla apuntando al cielo. La jauría de perros aullaba, corriendo en círculo por el patio.

De este modo fue como mi padre creyó ver al diablo y como, de la impresión, sufrió un ictus y acabó en el hospital.

Yo no estaba en casa ese día. Pero sé que todo sucedió exactamente, más o menos, como acabo de imaginármelo. Ahora, después de quince años, me dispongo a volver a Villa Milagro. Nada bueno puede salir de esto.